

los. El cañ se asustó del contrato y puso el degüello próximo en conocimiento de la policía. Esta atrapó al marido y lo llevó a la cárcel. Ignoramos la cara que habrá puesto la mujer cuando se haya enterado del collar que pensaba regalarle su cariñoso conyuge.

Y es que vivimos en una sociedad tan hermosa, que para desahogarse de la mujer que no agrada ó estorba hay necesidad de matarla, y para ser honrado un gitano tiene que degollar personas. Suponemos que, el día que cuando salga de la cárcel, se reconciliará con su esposa, si es que no piensa que ésta puede encontrar otro gitano que no sea tan caballero como el gitano de su desgracia.

¡Ah, el viejo se llama Sacristán! ¡Ya tienen ustedes explicada toda la cosa!

En Villarreal una desgraciada joven, soltera, de veinte años de edad, dió á luz un niño, y para ocultar su deshonra le ahogó en un barril. Descubierta el infanticidio procedióse á la detención de la madre, de la criatura, la madre, la hermana, la abuela y dos tíos de la partrida, como cómplices y encubridores del repugnante hecho.

¡He ahí toda una familia víctima de la educación social!

A los que se desgañitan pidiendo un ejemplar cartago para todos estos ignorantes, bien podríamos decirles que lo pidan, pero muy enérgicamente, para todos los «educadores políticos y religiosos» que enseñaron á esa pobre madre y á esa desventurada familia que el honor prohíbe parir un hijo sin permiso del cura ó del juez.

¡A esos, á esos envenenadores de conciencias hay que odiar, que censurar y que combatir; no á ese montón de desgraciados que se creen ahora más honrados que antes!

La elocuencia

Por Antonio Berméjo. «Maldita la elocuencia si va contra la razón».

Acteon subió á su cuadriga y los caballos lanzados al galope cruzaron con vertiginosa marcha la hermosa plaza.

Al seguir por la Via Apia encontraron en su camino un grupo de seis hombres que aterrados por la inminencia del peligro, no supieron ó no pudieron esquivarlo, quedando cinco de ellos destrozados bajo las pesadas ruedas del armatoste.

Un grito de horror, lanzado por la multitud, y una blasfemia de Acteon fué el triste epílogo del suceso.

Acteon era rico, y el dinero ha sido y sigue siendo fenerator inagotable de poderío.

Nadie ignoraba que á sus fiestas y banquetes asistió varias veces el César, y que los primates del Senado llamábanle su amigo y se honraban con su compañía.

Las más bellas cortesanas buscaban sus sonrisas con Afán y Roma entera se prosternaba en humillante contemplación ante aquel hermoso becerro de oro.

La Ambición, reina y señora de todas las demás pasiones, ponía al servicio de Acteon cuanto pudiera desear su exigente capricho.

Todo esto lo sabía el pueblo romano, y al caer bajo las ruedas de su cuadriga aquellos cinco infelices, los espectadores comprendieron que á no tomar venganza allí mismo y por mano de los presentes, Acteon se burlaría impunemente de la justicia y seguiría aplastando individuos siempre que le viniera en gana.

Rápidamente asieron de las bridas á los caballos y en tanto, varios ciudadanos sujetaban con férrea mano al homicida, otros corrían en busca de una cuerda vengadora para ahorcarle.

Petrônio se abrió paso á fuerza de puños y elevándose sobre los hombros de dos esclavos habló al pueblo.

Petrônio era elocuente. Su oratoria brillante semejava al rayo en ímpetu y vigor. La palabra, toda luz, toda armonía, salía de sus labios como perlas que desprendidas de misterioso collar, fueran á enriquecer á todos los que tenían la inmensa dicha de escuchar al májico charlatán.

Y el pueblo siempre crédulo, siempre inclinado á la admiración, siempre débil y fácil de seducir, permanecía embobado ante los relampagueantes párrafos que sabía improvisar Petronio el orador.

Y Petronio habló al pueblo de sus nobles sentimientos, de su inagotable bondad para los débiles; de sus impulsos generosos ante los caídos; de su respeto á las leyes, aquellas leyes á cuya virtud se debía el poder y prosperidad del pueblo romano. Habló de Acteon, y les dijo que aquel hombre pertenecía á los jueces que hubieran de juzgarle.

El pueblo cedió y los pretorianos llegaron, apoderándose de la cuadriga y su atolondrado conductor.

Petrônio había triunfado.

Y habló ante el tribunal encargado de castigar á Acteon, y su elocuencia fascinadora penetró hasta el fondo del pensamiento de los jueces y arrancó de allí el deseo de condenarle, poniendo en su lugar un falso sentimiento de piedad hacia aquel miserable burgués que, llevado de su capricho, se entretenía en aplastar miseros transeúntes.

Su elocuencia resonó como nunca. Cuantos le oyeron quedaron convencidos de dos cosas: que Acteon era un buen ciudadano incapaz de hacer daño á un mosquito, y que Petronio era el verbo de la oratoria, el orgullo del pueblo romano.

Salió libre y sin costas Acteon.

Desde entonces Petronio y Acteon, la Elocuencia y el Dinero van juntos por el mundo destrozando impunemente á cuantos se oponen al paso de su cuadriga.

Salvador Monsalud.

Es una verdad harto sabida que los capitales no tienen patria: van donde ellos encuentran su provecho; son tráfugas sin escrúpulo: se meten indiferentemente al servicio de una nacionalidad extranjera, ó de otra que sea hostil, si las condiciones que les ofrece le son más provechosas.

Leverdays.

Filosofía utópica y Filosofía práctica

Terminaba en mi anterior trabajo conviniendo con Max Nordau de que individualismo y solidarismo estaban en pugna desde hace miles de años.

Efectivamente, al despararmase las primeras familias, éstas buscaban aquellas regiones que mejor pudieran satisfacer sus nuevas necesidades.

De estas familias nómadas se fueron formando las tribus, las cuales formaron los pueblos.

En esta evolución de la raza humana, á través de la historia, se ve que el individualismo no aoma por ninguna parte, sino que, por el contrario, tiende éste cada vez más á la centralización de las familias.

Al crearse los pueblos y éstos multiplicarse, crecía también el egoísmo, debido á las necesidades que el crecimiento de población exigía.

De estas exigencias nacieron las guerras que con frecuencia sostenían las tribus entre sí, bien por la disminución de la caza ó la escasez de los frutos, destruidos por fenómenos atmosféricos, ó bien por la insuficiencia de los productos naturales para cubrir las necesidades de la creciente población.

El vencedor hemos dicho que creó el principio jurídico del más fuerte.

Pues bien, la tribu vencida quedaba sometida al vencedor. El sobrante del vencido, como sus medios de producción y de consumo, quedaron á disposición incondicional, incluso sus individuos, de la tribu vencedora.

De este período arranca la explotación y esclavitud proletaria.

De la situación del vencido al vencedor y de su refundición, nacieron nuevas costumbres, se crearon los privilegios; de esos privilegios salieron las clases, las que vienen sucediéndose de generación en generación hasta nuestros días.

El vencedor, para hacer efectivas sus exigencias y para explotarlo impunemente, ideó la vigilancia y el terror.

La provisión de alimentos, los trabajos mecánicos y la industria, eran efectuados por los vecinos.

De aquí nació el principio comercial, que empezaron á efectuar las tribus entre sí.

¿Dónde está ese principio individualista, ese indicio que nos oriente y, por lo tanto, podamos admitirlo como hecho probable y que el tiempo se encargaría de confirmarlo?

¿De qué hecho práctico han deducido los filósofos individualistas que la humanidad marcha hacia su torfía?

Los hechos históricos los desmienten terminantemente, y en cuyo estudio retrospectivo no se encuentra ninguna base.

En el actual momento histórico? No, por lo nuevo en los hechos, como probaré más adelante. Nietzsche está en contradicción con su teoría sobre el individualismo.

En su *Esprítus colectivo* nos dice: «Un buen escritor no tiene solamente su propio espíritu, reconoce con esto que el yo no es independiente, la preocupación de los demás le esclaviza. ¿Y por qué se ha de preocupar de los demás el hombre libre? ¿Qué le importa lo que hagan y piensen los demás?»

Se observa, por ejemplo, que la burguesía, al palpar los principios de impotencia, procura suprimir su criterio individual, en nombre de intereses colectivos, amenazados por el proletariado.

Una parte más egoísta, pero inteligente, se sobrepone á la más incapaz y más refractaria á la asociación, hasta que ésta termina por aceptar como buena semejante imposición, pues en la práctica han comprendido que no es independiente, desde el momento que sus privilegios están ligados á los demás, y, por último, si se declara independiente, á la corta ó á la larga pecará por la falta del apoyo colectivo.

En el proletariado nos encontramos que, á pesar de ser las causas distintas, los efectos son iguales.

Los más inteligentes y capaces obligan á la asociación, á las mayorías ignorantes é indiferentes al espíritu colectivo.

A los primeros no les cuesta gran trabajo esta operación, porque en el proletariado indiferente «radica el espíritu de lucha» y que yo añado por la intuición de explotado.

Ahora bien: ¿existe tiranía, tanto en la burguesía como en el proletariado, al obligar los más capaces é inteligentes á que se asocien los indiferentes? Si apreciamos la frase en su verdadero valor, no.

La burguesía entre sí, no pretende imponerse, es decir, la parte más inteligente, distribuye su fuerza contra el proletariado, por igual. El boliche es protegido como lo es la gran fábrica, el simple carro, como el coche eléctrico ó el convoy ferroviario.

¿Qué les importa á los burgueses del carro y del boliche, que el manejo en las deliberaciones de organización, la empresa del tranvía ó ferroviaria? Ellas han penetrado poco á poco, que con la asociación nada pierden, sino que por el contrario, ganan.

Exactamente igual ocurre con el proletariado. Los más capaces é inteligentes persuaden (y no tiranizan) á los más refractarios é indiferentes se asocien, no con el objeto de abusar de su inteligencia, sino que por el contrario, para poner ésta á su servicio.

Ellos no pretenden, dentro de la asociación, crear un privilegio teniendo á los más ignorantes en condiciones de inferioridad moral y material. Desean y practican la igualdad, los mismos deberes, iguales derechos, los mismos beneficios del triunfo, como los sacrificios en la derrota.

Exactamente igual ocurre con el proletariado. Los más capaces é inteligentes persuaden (y no tiranizan) á los más refractarios é indiferentes se asocien, no con el objeto de abusar de su inteligencia, sino que por el contrario, para poner ésta á su servicio.

Ellos no pretenden, dentro de la asociación, crear un privilegio teniendo á los más ignorantes en condiciones de inferioridad moral y material. Desean y practican la igualdad, los mismos deberes, iguales derechos, los mismos beneficios del triunfo, como los sacrificios en la derrota.

Exactamente igual ocurre con el proletariado. Los más capaces é inteligentes persuaden (y no tiranizan) á los más refractarios é indiferentes se asocien, no con el objeto de abusar de su inteligencia, sino que por el contrario, para poner ésta á su servicio.

Ellos no pretenden, dentro de la asociación, crear un privilegio teniendo á los más ignorantes en condiciones de inferioridad moral y material. Desean y practican la igualdad, los mismos deberes, iguales derechos, los mismos beneficios del triunfo, como los sacrificios en la derrota.

Exactamente igual ocurre con el proletariado. Los más capaces é inteligentes persuaden (y no tiranizan) á los más refractarios é indiferentes se asocien, no con el objeto de abusar de su inteligencia, sino que por el contrario, para poner ésta á su servicio.

Ellos no pretenden, dentro de la asociación, crear un privilegio teniendo á los más ignorantes en condiciones de inferioridad moral y material. Desean y practican la igualdad, los mismos deberes, iguales derechos, los mismos beneficios del triunfo, como los sacrificios en la derrota.

Exactamente igual ocurre con el proletariado. Los más capaces é inteligentes persuaden (y no tiranizan) á los más refractarios é indiferentes se asocien, no con el objeto de abusar de su inteligencia, sino que por el contrario, para poner ésta á su servicio.

Ellos no pretenden, dentro de la asociación, crear un privilegio teniendo á los más ignorantes en condiciones de inferioridad moral y material. Desean y practican la igualdad, los mismos deberes, iguales derechos, los mismos beneficios del triunfo, como los sacrificios en la derrota.

Exactamente igual ocurre con el proletariado. Los más capaces é inteligentes persuaden (y no tiranizan) á los más refractarios é indiferentes se asocien, no con el objeto de abusar de su inteligencia, sino que por el contrario, para poner ésta á su servicio.

Ellos no pretenden, dentro de la asociación, crear un privilegio teniendo á los más ignorantes en condiciones de inferioridad moral y material. Desean y practican la igualdad, los mismos deberes, iguales derechos, los mismos beneficios del triunfo, como los sacrificios en la derrota.

Exactamente igual ocurre con el proletariado. Los más capaces é inteligentes persuaden (y no tiranizan) á los más refractarios é indiferentes se asocien, no con el objeto de abusar de su inteligencia, sino que por el contrario, para poner ésta á su servicio.

Ellos no pretenden, dentro de la asociación, crear un privilegio teniendo á los más ignorantes en condiciones de inferioridad moral y material. Desean y practican la igualdad, los mismos deberes, iguales derechos, los mismos beneficios del triunfo, como los sacrificios en la derrota.

Exactamente igual ocurre con el proletariado. Los más capaces é inteligentes persuaden (y no tiranizan) á los más refractarios é indiferentes se asocien, no con el objeto de abusar de su inteligencia, sino que por el contrario, para poner ésta á su servicio.

Ellos no pretenden, dentro de la asociación, crear un privilegio teniendo á los más ignorantes en condiciones de inferioridad moral y material. Desean y practican la igualdad, los mismos deberes, iguales derechos, los mismos beneficios del triunfo, como los sacrificios en la derrota.

Exactamente igual ocurre con el proletariado. Los más capaces é inteligentes persuaden (y no tiranizan) á los más refractarios é indiferentes se asocien, no con el objeto de abusar de su inteligencia, sino que por el contrario, para poner ésta á su servicio.

Ellos no pretenden, dentro de la asociación, crear un privilegio teniendo á los más ignorantes en condiciones de inferioridad moral y material. Desean y practican la igualdad, los mismos deberes, iguales derechos, los mismos beneficios del triunfo, como los sacrificios en la derrota.

Exactamente igual ocurre con el proletariado. Los más capaces é inteligentes persuaden (y no tiranizan) á los más refractarios é indiferentes se asocien, no con el objeto de abusar de su inteligencia, sino que por el contrario, para poner ésta á su servicio.

Ellos no pretenden, dentro de la asociación, crear un privilegio teniendo á los más ignorantes en condiciones de inferioridad moral y material. Desean y practican la igualdad, los mismos deberes, iguales derechos, los mismos beneficios del triunfo, como los sacrificios en la derrota.

encuentran sueño y reposo en mutilados lechos de plumas, y se negaba á venir en mi ayuda envolviéndome bajo su negro y misterioso manto. En tales momentos de inemio y de angustia, desesperado y loco, oprímia los párpados dispuesto á conseguir por la fuerza lo que tan sin piedad me robaba la fiebre, y un donso sopor se apoderaba de mis sentidos.

Entonces me representaban en la obscuridad innumerables sombras, espectros terribles de forma humana que se acrecentaban y se disminuían con rapidez asombrosa avanzando hacia mí, mirándome con horribles gestos y sarcástica sonrisa, haciendo muecas y contorsiones indescriptibles y escondiéndose el fiero rostro en una especie de cogullas que pendían del cuello de sus mantos parecidos á los trajes talares. Una sombra, la más fea, la más horrible de todas, se separó un tanto de las demás y burlándose quizá de mí dolor, lanzó una carcajada homérica, y luego con voz cavernosa me dirigí estas rimas que resonaron en mis oídos como una fatal sentencia:

Gime, maldito, gime; tu agonía á sarcástica risa me provoca, eres un defensor de la Anarquía, ideal que me aterra y nie sofoca.

Quieres turbar nuestra asquerosa orgía; mas yo procuraré sellar tu boca hundéndote en la ergástula oscura, y así castigaré tu intención loca.

El cetro del poder tengo en mis manos, rayos de fuego mi mirada lanza, mis émulos son todos los tiranos.

Soy la Esfinge cruel de la venganza, y haré de la mansión de los humanos un hediondo campo de matanza.

Al terminar el fantasma la maldición apocalíptica, huyó desparverido, alejándose y confundiendo entre las sombras y dejándome con la boca abierta.

Un estremecimiento nervioso me arrancó del soporífero sueño. Abrí los ojos aterrado por las visiones, y los fantasmas desaparecieron.

Lancé una mirada en torno de mí para cerciorarme del lugar en que me encontraba y vi que estaba en el mismo sitio y rodeado de mis compañeros de prisión.

Volví á cerrar los ojos y al poco rato vi otro cuadro semejante al que acababa de ver.

Vi bajo mi cielo trético y lorón densos nubarrones de cuervos agigantados que aleteaban y graznaban en infernal algarabía. Veíanlos hendir los aires y descender á un campo de muerte, henchido de cadáveres humanos, y en medio de aquella pestilente atmósfera veíanlos garrar, picotear y hendir sus repugnantes carnes y sus acazados picos en aquella corrompida carne. Cuando hubieron asistido sus ruinas y bestiales apetitos, se retiraron del carnívoro festín á una selva de árboles frondosos y corpulentos, y allí, meluemente acomodados, erupaban aquella podrida carne que habían devorado, exhalaendo vahidos pestíferos y mortales.

No queriendo ver más fantasmagorías ni sufrir por más tiempo semejante pesadilla, abrí los ojos y frótándome con fuerza, me incorporé en el lecho, para alejar de mí aquellos cuadros terroríficos.

En tal actitud permanecí largo rato, hice un cigarrillo, y prendiéndole fuego, me dispuse á fumar sentado sobre la cama. Habíame abandonado un tanto la fiebre y ya me encontraba más tranquilo... Entonces me dije: cojamos la pluma y hagamos un artículo, que ya que no haya otra cosa, siquiera sirva para turbarle el sueño que el mitológico dios les envía á esos orondos señores, á esos vampiros insaciables que nunca se hartan de chupar la dulce sangre del obrero, y que, no contentos con eso, ametrallan, torturan y prenden á los que se rebelan, á los valientes y dignos obreros que aman y defienden el noble y generoso ideal ácrata, ideal que un día no lejano dará al traste con todos los poderes, con todos los privilegios y con todas las tiranías.

A estos señores... gordos les ha dado la monomanía de creer que encarcelando y prisiugiendo á los que siembran la semilla fructífera de la Anarquía, lograrán algún día emudecer y aterrar á los agricultores de tan sublime ideal y hacerle á éste desaparecer. ¡Cuán equivocados están los que crean semejante disparatado! El terror no hace adptos sino esclavos, que siempre concluyen por rebelarse y destruir al tirano que se enseñorea de ellos.

Llegó la mañana, y para alejar de mí una noche de angustias y de infinito dolor, descolgué la lira y me puse á cantar este soneto á la Libertad:

Ven, Libertad; la ciencia te proclama y el faro del Progreso te ilumina, el sego del amor en ti germina; ven y escucha la voz del te llama.

El nuevo Orizonte, de esplendor se inflama en pos de ti la Humanidad surge púrpura, y tu aliento las auras embalsama.

Quiero joven hermosa conquistarte y quiero por completo poseerte con la pasión del joven que delira.

Y quiero más aún, quiero cantarte en el silencio de mi triste suerte hasta romper las cuerdas de mi lira.

R. A. DEL R.

Noche de insomnio

Serían aproximadamente las tres de la madrugada y aún no había conseguido reconciliarme con el sueño.

Doliame la cabeza y latíanme las sienes con violencia, experimentando á cada latido dolores agudos.

Un silencio augusto y sepulcral reinaba en torno de mí, interrumpido á veces ya por el acelerado y monótono rodar de un carruaje, ya por la voz de aierta del centinela que custodiaba los muros de la mansión del dolor, voz que llegaba á mis oídos triste y quejumbrosa como el gemido del ser que sufre las imperpinencias del fatal Destino.

La fiebre se había apoderado de mí ser y mi cuerpo se revolcaba en el duro camastro que me servía de lecho. Miles de ideas bullían en mi imaginación calenturienta, las cuales eran interrumpidas instantáneamente al sentir sobre mi piel el sutil coqueillo de algún parásito voraz que sin duda pretendía trocarme en succulento manjar de sus rojos apetitos. Sentábase en el camastro y veía correr para ocultarse de mis miras, y... yo, que nunca he sido capaz de hacerle daño ni á un hormiga, cogíalo y lo aplastaba con el pie, porque le tengo un odio profundo á este bicho que se alimenta de esta desequilibrada sociedad actual, hedionda como la chinche y repugnante como el asco.

Cerraba los ojos para conseguir atraer el sueño, mas era inútil. Indudablemente Morfeo andaba muy atareado en cubrir bajo sus impalpables alas á los dichosos de esta vida, á esos que

La recompensa

Anselmo. (Cruzando la calle y deteniéndose á Manuel.) ¿De dónde vienes?

Manuel. (Subreogido) Del colegio... de votar la candidatura de don Ramón. (Pausa.) ¿Por qué me miras así?

Anselmo. Te miro así... porque me das compasión. (Algo repuesto.) ¡Compasión! Eso... hubiera dado mi voto á los conservadores que son unos... jesuitas; pero como he votado por los republicanos, no veo en ello que te muevas á compadecerte.

Anselmo. No debería compadecerte, dices bien; debería... despreciarte.

Manuel. Mira, Anselmo; no discutamos ahora este tema; hablemos de otra cosa.

Anselmo. Pero, ¿no me has dicho muchas veces que te gustaban las ideas que profeso, y hasta que tú las practicas?

Manuel. ¿Que no has votado por los conservadores no tiene nada de particular; la cuestión se reduce á que no debías haberlo hecho por ningún partido político, porque la política es la negociación de la libertad, y me es tan extraña y repugnante como el extraño sobremano que estando conforme con que los anarquistas no deben servir de pedestal á nadie, y llamándose compañero mío y de todo aquel que como yo piensa, hayas ido á depositar en la urna electoral el miserable voto, para con él encumbrar un poquito más al político socialista, republicano, liberal ó conservador, porque todos aspiran a un poder bajo el cual la tiranía, coacción y arbitrariedad se ocultan para ejercer sobre tí en la primera ocasión su voraz apetito.

Esto es lo que me extraña, te repito, y lo que me hace creer que no eres más que hijo de las circunstancias; «nad» en una palabra, porque caminas en la vida que no vives, sin rumbo fijo, perdido.

Anselmo. (Tembloroso.) Pero si yo voto á favor de la república, ¿eres lo hago porque crea en ella, ni la juzgo salvadora de la clase proletaria? ¿Dejo de ser por ello adicto á la idea anárquica?

Anselmo. (Colérico.) Sí; y no sólo dejes de ser anarquista, sino que ni eres republicano, ni nada. No eres anarquista ni debes llamártelo, es el momento que te opones á la realización de la idea, cooperando á la de un Estado ó Gobierno, opresores por obligación del pobre trabajador.

Y no eres republicano, por lo que tú mismo confesabas... ¿Qué eres, pues?...

Contesta. Nada... lo dicho; no eres más que un ser que se mueve cuando lo pisan. Desconfías de todo y tal vez creas en lo absurdo y mentiroso cuento que me estás repitiendo.

Manuel. (Turbado.) ¿Amenazas?

Anselmo. No... no te amenazas, no soy agente de policía. (Sacando el reloj y mirando su esfera.) E. tarde... (Con sonrisa entreburlona.) Chico, «Libertad, igualdad y fraternidad»... hasta otro rato.

Manuel. ¿Te vas? pues salud.

Anselmo. (Los dos se separan tomando diferentes rutas.)

Anselmo. (Tres meses después, hablando con Manuel en el locutorio de la cárcel.) ¿De qué ha calificado el juez tu delito?

Manuel. De robo; no ha podido agravarlo más. Hoy he escrito á don Ramón que, puesto que salió diputado tendrá buenas relaciones, á fin de que interponga en mi favor su influencia. Veremos si me es de consiguiente.

Anselmo. Bueno sería que á la primera vez de votar encontraras la recompensa; pero lo dudo.

Anselmo. (Cuatro ó seis meses después recibe una carta de Manuel, que se encuentra extinguido la condena que le impuso el tribunal por su delito, y en uno de sus párrafos le dice:)

«Ya sabes lo que me pasó... don Ramón me dice en una de las dos cartas que me ha escrito... que lo siento mucho, pero que no puede hacer nada en mi favor por tratarse de un delito de robo.» Bien me lo decías. Me está bien empleada la recompensa.

UN EGABRERN ENCARCELADO

Fribuna de los encareelados

ÓYENOS, PUEBLO

Sin embargo de haberse ocupado de nuestra suerte estos días casi toda la prensa radical y varias personas, entre ellas D. José Nakens y D. Emilio Junoy, quienes nos han prestado algunas de las muchas infamias que se realizan en las ergástulas de este país, ¡qué vergonzoso, el fray Antonino Maura, no ha ceado aún la racha de ignominias en esta corruptora prisión de Chinchilla. Por consiguiente, antes de que formes mal juicio, como podría suceder, de los

que sufrimos la acción de la justicia, al lamentar un día terrible en esta inmundada fortaleza, exponemos á continuación las poderosas y transcendentes razones que nos asisten, y ya para protestar, sino para echarlo todo á rodar y acabar de una vez con tanta opresión y tiranía.

Después de haberse personado en ésta unos señores cuyo nombre ignoramos, pero que representaban al Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia, y á quienes un recluso formuló, en nombre de los compañeros de prisión, justa y razonada queja de la parte administrativa del citado establecimiento, estuvimos tres días, solamente tres días, comiendo un racionado que, propiamente hablando, parecía un cocido, y considerados moralmente como jamás habíamos soñado, hasta nos ofrecían libros á fin de que aprovecháramos el tiempo. Luego volvimos á los tiempos antiguos, esto es, á ser de nuevo robados y apaleados por todos los guardapreos y la «ronda de cabos» del referido tradicional antro de corrupción.

Está juría de reclutados, lo más bajo y soez del ramo animal, diariamente hacen extragos de su singular salvajismo, atropellando á uno y á otro de sus compañeros de cautiverio; les está permitido llevar cuchillos de grandes dimensiones, además de la vara ó garrote de seis centímetros de diámetro ó grosor.

El día 24 del próximo pasado mes de junio, apenas amanecido el día, fuimos objeto de un minucioso cacheo que al mismísimo Nerón, célebre por sus brutalidades, le hubiera causado aversión; no se encontró arma ninguna. Sin embargo, el ayudante de servicio, que lo era un tal Cobera, y el empleado Juan Cabrera, en cuenta de esos perros que llevan la tirilla encarceradora de la bocananga, las emprendieron á palos con varios de los reclusos hasta que dejaron á tres ó cuatro en el suelo chorreado de sangre por las cabezas; vendada la cabeza y llenos de machas de sangre se pasean por el patio, que es la consideración que les guardan por haberles herido por equivocación. No hubo ni el menor escándalo ni antes ni después de llevarse á cabo tal fechoría; sin embargo, el parte que dieron al Juzgado fué pésimo. Claro, había que justificar sus crímenes.

Casimiro Buitrago, Braulio Moya, Tomás Sañont y otros varios que sería prolijo citar, se encuentran en celda y amarrados en blanca desnudez de haber sido bárbaramente apaleados sin ningún motivo racional. Daniel Ten y otros han sido atropellados; éste por estar sentado en la sombra, los demás por reclamar lo que en perfecto derecho nos corresponde.

Como si el narrado no fuera suficiente para excitar á la rebelión al más paciente, se nos prohíbe la entrada de comestibles. El director, administrador y demás jefes dicen que la Dirección de Penales así lo tiene dispuesto, y que, por consiguiente, digamos á nuestras familias que sólo nos envíen dinero para gastar en el Economato, nada económico, pues los artículos que se venden en éste son de inferior calidad y se venden á precios sumamente exorbitantes. No es posible que en ningún mercado esté el tocino á tres pesetas kilo, los tomates á 60 céntimos ídem, etc., etc.

Tampoco podemos creer que la Dirección haya prohibido la entrada de cajones que las familias envían para aliviar la situación de sus seres queridos, ni que, por suplicar se le dejara entrar un cajón conteniendo algunos comestibles, haya ordenado la Dirección que se abofetea como se ha aboteteado y recluido en celda y amarrado en blanca al compañero de prisión Rafael Caturra.

Ahora bien; ante tanta injusticia ¿qué hacer? Las autoridades sólo visitan este antro cuando tienen ganas de burlarse de nosotros; sin duda alguna no querrán perjudicar al citado Economato; los cuchillos y las barajas son introducidos con las más desvergonzada impunidad por los guardapreos. Sería de lamentar un día de sangre, pero esto es insoportable; esta colección de atropellos no lo puede sufrir ningún ser humano. Por consiguiente, las autoridades llamadas á poner coto á tantas infamias deben evitarlo.

En nombre de la población penal firman quinientos reclusos.

Chinchilla y penal, 1.º julio de 1907.

Expansión

Cuando al amanecer el día y por entre los sólidos alfileres de la reja de mi celda atraviesan escasos rayos de sol que fulgura, siento nacer en mí espíritu un destino de alegría; vaga por mí atribulada mente el recuerdo de aquellos días felices de mi infancia, en que siendo tan niño el fatal destino me arrojó á la tierra para ser esclavo y oprimido; al contemplar desde mi estrecho recinto las bellezas y encantos de la Naturaleza, en donde todo emana paz y amor, cuando en los primeros albos del día siento el trinar de los pajarillos que alegres revolotean por el espacio, extasiado contemplo tanta magnificencia y quedo anonadado, se apodera de mí un vértigo, al que sucede una nostalgia tremenda al verme privado de esa libertad preciosa, llena de encanto, que la justicia histórica y severa me ha arrebatado por el solo delito de defender mis propios derechos en la sociedad.

¿Por qué no puedo ser yo libre? ¿Por qué se me ha separado á mí de la sociedad, en que tanto derecho tengo de permanecer como cualquier ciudadano?... Mis verdugos responderán; no me pertenece á mí el hacer juicios, puesto que soy la víctima.

Desde muy joven se pretendió robarme la libertad de pensar, ¡qué infamia!, el verdadero sacrilegio cometido en la conciencia de un adolecente; á pesar de mis pocos años, detesté, lo obtengo, y deseché con horror las espúreas doctrinas que quisieron inculcar en mi alma joven, y con altive